

Caroline De Mulder

LOS NIÑOS DE HIMMLER

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CAROLINE DE MULDER
LOS NIÑOS DE HIMMLER

Traducción de Patricia Orts

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La pouponnière d'Hitler*

1.ª edición: febrero de 2025

© Éditions Gallimard, París, 2024

© de la traducción: Patricia Orts García, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-571-8

Depósito legal: B. 1.040-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Primera parte: El refugio.....	15
Segunda parte: La casa encantada	81
Tercera parte: El último refugio.....	149
Epílogo	235
<i>Bibliografía selecta</i>	243
<i>Agradecimientos</i>	245

Primera parte
El refugio

Doscientos pañales en tres filas paralelas. Ni una pizca de aire entre la blancura del algodón. Aroma a jabón de Marsella, a leche azucarada. Risas tintineantes. En cierto momento, las risas impiden oír el gorjeo de los niños procedente del jardín y de las ventanas abiertas de par en par. Cuatro mujeres ríen mientras charlan y quitan de las cuerdas las pinzas de la ropa, que después arrojan en una caja metálica. Doblan los cuadrados de tela y los van apilando en grandes cestas de mimbre.

En un tramo de la escalera que lleva a la casa blanca, hay tres que están pelando patatas. Las sumergen en un gran balde de hierro lleno de agua. Las peladuras caen sobre papel de periódico. Dos de las mujeres, con el embarazo ya avanzado, hablan a ráfagas cortas y estridentes. La tercera, que luce un vestido floreado, guarda silencio.

Se llama Renée y está rapada. El cabello le brota pelirrojo. Ojos verdes de dragón con un halo rojo anaranjado alrededor de la pupila. A causa de las pestañas rubias, casi invisibles, su mirada parece desnuda y calcinada cuando la alza. Si tuviera pelo, sería magnífica, pero no lo tiene y, con el cráneo pelado, parece un gato flaco. Un niño revoltoso. De repente, un grito agudo: Renée se lleva el índice herido a la boca. «*Was ist los*», le pregunta la mujer que tiene al lado.

Un sabor a hierro y a sal, a mar lejano, a ahogamiento; Renée eleva al cielo sus ojos resplandecientes, crepusculares como soles. Se saca el dedo de la boca y aprieta el puño. Unas gotas de sangre en el papel de periódico y en la hierba. No habla alemán. «No te entiendo, no entiendo nada de lo que dices.» Calla.

Los ruidos líquidos de los tubérculos al sumergirse en el recipiente. La sangre cae sobre el papel, un goteo rápido. Las mujeres terminan su tarea. Todas las patatas peladas para la comida del día siguiente se bañan en el fondo del agua helada. Una mujer de cara cuadrada y pelo ceniciento levanta el balde por el asa. Intenta no perder el equilibrio, pero le cuesta encontrar su centro de gravedad; apoya una mano en su prominente barriga y se lleva el recipiente. Se salpica el vestido. Renée envuelve las peladuras con el papel de periódico formando un gran fardo que estrecha contra su cuerpo.

Se pone en pie, llega al sendero que rodea el estanque; sus pasos resuenan en la tierra seca, se le cubren los zapatos de polvo. Más allá del agua ve unos robles centenarios. Algo más lejos, campos, el aire libre, un cielo inmenso. Cerca de ella, la vegetación es densa, los árboles prominentes y frondosos. Bajo su sombra siente su aliento frío, percibe el olor del agua que se evapora, vegetal y nauseabundo. En lo alto, ni un solo temblor en las copas iluminadas por el sol. El aire estancado. Mira a su espalda, las mujeres han vuelto a entrar. Agarra el fardo con la mano izquierda, con la derecha saca del bolsillo un puñado de galletas de miel. Come una, luego otra, sin dejar de caminar.

Cuando llega a una arboleda mayor que las demás, se dirige hacia una caja grande cubierta de tablones de madera, con una tapa; la tierra menos seca cede bajo sus pies. En ese momento lo oye. Un ruido de ramas quebradas, de animal en fuga. Se acerca. Lo ve, de rodillas, medio oculto por el cajón, engullendo las peladuras crudas, metiéndose los dedos en la boca. Es un gran

esqueleto humano, está en los huesos. A su lado hay un rastrillo con los dientes vueltos hacia el cielo. Tiene los ojos hundidos, los pómulos salientes. Está todo contraído en su mirada acosada, como flotando en la camisa desgastada y demasiado grande, infinitamente, para la carne encogida de su cuerpo.

Al ver a Renée, casi da un salto y se abalanza de inmediato sobre ella. La joven lanza un grito; el contacto con el hombre y el movimiento que hace ella al retroceder la derriban. Intenta ponerse en pie. El hombre no la mira, recoge los pedazos de galleta que han caído al suelo y se los mete en la boca. Después agarra el rastrillo. Renée hace amago de guarecerse tras sus codos y sus brazos levantados. Pero el hombre ni siquiera respira. Alza el vuelo y pone los pies en polvorosa con la boca llena.

Renée se levanta. Contempla el espantajo de gestos desmesurados que guerrea contra la luz y desaparece. Mantiene la mirada fija incluso después de haberlo perdido de vista hace ya un buen rato. Aún le quedan migas de galleta alrededor de los labios. En la ropa, pedazos de hojas esqueléticas. Renée recoge las mondaduras que hay esparcidas por el suelo; están frescas y tiesas, las tira a la caja, entre las malas hierbas arrancadas y las ramas marchitas. Un agradable aroma a tierra sin desbrozar. Alrededor, los insectos zumban en los rayos de sol. En el periódico que hay a sus pies, un *Das Reich* del 27 de agosto de 1944, aparece el Muro del Atlántico; Renée lo ha visto con sus propios ojos, estaba muy cerca de su casa. Su casa. Antes de su «juicio». Ni siquiera sabe ya si la expulsaron o si fue ella la que escapó, tampoco dónde se encuentra en ese momento, en alguna parte de Alemania, en un lugar lleno de mujeres alemanas. Donde la han acogido.

Una gota de sudor le resbala por la sien. A lo lejos, el tañido de la campana, el primer repique. Son las 17.40. La joven agarra el periódico húmedo, agujereado en algunas partes, lo arruga y lo tira a los residuos vegetales. Da unos pasos en la misma direc-

ción que el hombre, que se ha desvanecido de verdad. Más allá del pequeño bosque hay un campo de patatas, a veces envían a las internas a recogerlas: ni un alma.

Renée teme que el hombre regrese. Se pregunta si lo hará.

Se siente tan sola que le duele la piel, tiene el interior de la boca seco.

El hombre no regresa.

Ellos nunca regresan.

La campana, segundo toque.

Renée echa a andar en sentido contrario por el sendero que lleva al doble edificio encalado de dos plantas. A la izquierda se encuentra el ala antigua, a la derecha la nueva, las dos flanqueadas por tramos de escalones de piedra que ascienden entre flores silvestres y hierbas aromáticas. Olor a hierbaluisa y a tomillo. Todas las mujeres han vuelto a entrar. Un recién nacido lloriquea a lo lejos. En los balcones, cunas al aire libre, alineadas, cubiertas con algodón blanco para darles sombra. Y, al lado del edificio, la bandera negra de las SS. Apenas se alza un poco de brisa, ondea bajo el sol; ondeará al menos mil años.

El lugar no parece un cuartel, menos aún un hospital. Podría ser, más bien, un alojamiento vacacional muy bien conservado. Un chalé excesivamente grande rodeado de edificios anexos y de campos, con vistas a un estanque.

17.45, la cena. Una algarabía de voces femeninas. Todo resuena en la sala común. A la hora de las comidas, la espaciosa estancia hace las veces de comedor.

Suelo de parqué, luz. Sentada a la mesa, Renée recibe la luz de una ventana que da al jardín y que rodea con un halo su cabellera amputada. Fuera, la joven ve el césped, los árboles, los

edificios adyacentes al *Heim*. Detrás del estanque, el campo abierto.

En manos de la joven, unos bonitos cubiertos de plata grabados con las armas de los Rothschild bajo una corona de barón y, delante de ella, un gran plato con el logotipo de Frühling & Pelz, Berlín. Sentadas a mesas de doce, alrededor de manteles floreados, las mujeres son en su mayoría jóvenes o muy jóvenes y lucen vestidos de algodón. Manos blancas, cuidadas; las paredes donde rebotan sus palabras, impolutas. Un aroma a cocina, a sal, a hortalizas frescas.

Cerca de la puerta está colgado el menú semanal, de lunes a domingo, mediodía y noche. Hoy, sábado 2 de septiembre de 1944: caldo de verduras, buey a la parrilla, mantequilla, pan, ensalada de pepino.

Una enfermera hace tintinear un vaso golpeándolo con un tenedor, y enseguida se hace silencio, un silencio un poco tenso: «A las 16.29 ha nacido Jürgen, tres kilos y cuatrocientos gramos, cincuenta centímetros, perímetro cefálico de treinta y seis y medio». Aplausos, pequeños gritos de alegría. *Lebe Jürgen, lebe Frau Geertrui!* ¡Larga vida a Jürgen! ¡Larga vida a Frau Geertrui! Una de las mujeres llora.

Las criadas que aguardaban apartadas ponen las soperas encima de las mesas. Golpeteo metálico en la porcelana, ruido de vasos, todo parece cristalino.

18.15. Normalmente, el vestíbulo suele estar despejado, silencioso; pero esta noche preparan algo. Hay una mesa cubierta con un mantel donde se ve una cruz gamada colosal. Encima, un retrato de Hitler y unas flores; asemeja un altar, una capilla improvisada. Delante, una alfombra india y un gran cojín blanco bordado con encaje. Arriba, una bandera con otra cruz ga-

mada: *Deutschland, erwache*, despierta, Alemania. Frente a la mesa, siete hileras de sillas. Desde hace unos días, Renée oye con frecuencia la palabra *Reichsführer*.

18.20. La habitación número veintitrés es amplia: dos camas de madera de castaño flanqueadas por mesillas de noche muy ornamentadas con armarios a juego, un velador rodeado de sillones y un gran sofá de terciopelo verde. Cada interna tiene un lavabo coronado por un espejo. Todo es más bonito, más lujoso que en la maternidad de las SS de Lamorlaye, donde Renée pasó varias semanas antes de su evacuación el 10 de agosto. La joven recuerda perfectamente esa fecha.

En el lado interior de la puerta hay un horario pegado. Renée no habla alemán, pero las cifras y la cotidianeidad inmutable salen en su ayuda. Conoce ya el significado de cada palabra, o casi.

Ab 5.00-6.00: Amamantar 1 (*Stillen*, y la ese se pronuncia «Shhh», como el comienzo del silencio; silencio en alemán es *Stille*)

Ab 6.00-6.30: Ordenar la habitación (*Zimmer in Ordnung bringen*, y la zeta se convierte en un «tsss» bastante duro)

Ab 6.30-7.00: Beber café (*Kaffe trinken*, que suena a «brinden» con café)

Ab 7.00-8.00: Aseo (*Baden*, la a es larga, la palabra evoca una ciudad balnearia)

Ab 8.00-9.00: Amamantar 2 (*Stillen - Shhbhtillen*)

Ab 8.30-9.00: Desayuno (*Frühstück*, la diéresis impide pronunciarla como una u)

Ab 9.00-10.45: Tareas domésticas (*Windeln legen oder andere Hausarbeiten*, Renée no sabe qué quiere decir *Windeln*, pero entiende *Haus* y *arbeiten*, casa y trabajar)

Ab 11.00-11.30: Almuerzo (*Mittagessen, essen* significa comer)

Ab 12.00-13.00: Amamantar 3 (*Shhbhtillen*)

Ab 13.00-14.45: Descanso (*Ruhe*, «Ru» aspirar «e»)

Ab 14.45-15.15: Beber café (Kaffe trinken, brinden)

Ab 15.15-16.15: Amamantar 4 (Shbbhtillen)

Ab 16.15-17.45: Tareas domésticas (Windeln legen oder andere Hausarbeiten, Windeln quizás sean los pañales, que hay que tender al sol y doblar una y otra vez. Haga el tiempo que haga, las criadas se afanan junto a la bomba de agua con grandes tinas metálicas llenas de ropa sucia y sacos de jabón de Marsella en escamas; frotan, retuercen, escurren y luego miran a la luz los cuadrados de algodón blanco guiñando los ojos, deslumbradas)

Ab 17.45-18.15: Cena (Abendbrot, Brot significa pan y *Abend* noche)

Después de cenar, paseo, canto o lectura hasta las 19.30; *Nach dem Abendbrot: Spaziergänge, Singen oder Lesen bis 19.30.* A veces también hay talleres, conferencias, discursos en la radio, que todas las mujeres deben ir a escuchar y de los que Renée no entiende prácticamente nada.

Ab 19.30-20.30: Amamantar 5 (Shbbhtillen)

Debajo del horario, las instrucciones. Las internas son responsables de la habitación donde se alojan; las *Schwwestern*, o sea, las enfermeras, y las empleadas, de los demás espacios. Por la noche, todas se reúnen, según la actividad, en el exterior o en la sala común, después de haber cerrado las contraventanas. Las luces deben estar apagadas a las nueve en punto, a ser posible antes de cenar. Hay que evitar que la lámpara del techo se quede encendida en las habitaciones de las madres; solo pueden permanecer así las de las mesillas de noche, pero oscurecidas. «Oscurecidas», *dunkelte*, aparece subrayado. Como si aquí pudieran caer bombas. Todo está muy tranquilo. No se oye nada, voces femeninas, los gritos de los recién nacidos, el piar de los pájaros. A veces, un insecto zumbando. En esta casa de mujeres da la impresión de que se está en el fin del mundo, y desde fuera no parece que nada pueda alcanzar ese campo perdido. La guerra aún queda lejos de Steinhöring. Siguió a Renée cuando esta huyó de su pueblo normando; la volvió a atrapar en las inmediaciones de París,

en Lamorlaye, al cabo de apenas veintitrés días. Después Renée viajó a Alemania en un autobús militar, con una decena de bebés, otras mujeres y las enfermeras, hasta llegar aquí, a otra de estas maternidades donde se come de maravilla. Pero la guerra avanza de oeste a este, hacia ella, ¿quién la detendrá?

Renée sigue teniendo en la lengua el sabor a sal y a caldo. Abre la ventana para que entre la música folclórica que sube desde el jardín. Se alegra de que su habitación dé al estanque. Justo delante de la ventana hay varias macetas alineadas, geranios en flor en un mantillo hidratado con mimo. Aroma a tierra empapada. Renée contempla el jardín. Cerca de las cuerdas para tender, una docena de mujeres forman un corro. Al otro lado del estanque, trata de distinguir una zona del pequeño bosque donde está el compostador, pero solo ve árboles, la luz del sol en las frondas, la luz en su cara, un exceso de luz que le seca los ojos, Renée se los restriega con el dorso de las muñecas. Nada se mueve en el horizonte, no hay ni rastro de su agresor. El devorador de mondaduras y ladrón de galletas. No logra olvidar su mirada. ¿Quién era? Exceptuando el médico, en la Casa no hay hombres. Podría ser un campesino hambriento. O uno de los prisioneros que trabajan en la finca. Son ellos los que construyen los gigantescos edificios de madera que se van erigiendo en el terreno. También cuidan del jardín, pero las mujeres no los ven, ni siquiera de lejos, jamás se cruzan con ellos.

La puerta se abre a su espalda. Su compañera de habitación, Frau Gerda, con la trenza bien apretada y la mirada venenosa, le dice algo. Renée solo entiende la palabra *verboten*, prohibido. Cierra la ventana y se sienta en la cama. Sueña. No sueña. No es ni siquiera un sueño, sino mera distracción, nada de lo que hay aquí le interesa de verdad. Con más frecuencia, si cabe, es una auténtica obsesión. Piensa en Artur Feuerbach. Continuamente. Piensa en él incluso cuando no piensa en él.

Renée lo espera desde hace diez semanas y seis días. A decir verdad, cuando estaban juntos, ya lo esperaba. Como si una parte de ella aún no estuviera allí. O como si algo de él se hubiera marchado ya. O se hubiera muerto. El vacío que Renée siempre ha sentido en lo más hondo tiene ahora nombre de varón. Artur Feuerbach es un vacío que solo él puede colmar, una enfermedad mental que solo él puede curar, una prisión de la que nadie más puede liberarla.

Artur Feuerbach. Su nombre es una melodía que nunca la abandona y que asciende hasta sus labios de manera incontrolada. Le sube hasta los ojos.

Ella lo canta y lo vomita y lo llora.

Él volverá, no volverá. Él vivirá, no vivirá. Él la quiere, ¿la quiere de verdad?

Renée escribe una nueva carta, cuántas lleva ya; la joven cuenta los días, pero ha dejado de hacerlo con las cartas, las que le ha enviado, las que ha tirado. La pluma suelta una gota de tinta, que la joven aplasta con el pulgar en el papel, parece una lágrima negra; debe volver a empezar, arruga el folio y coge uno nuevo.

Heim Hochland, Steinhöring, 2 de septiembre de 1944

Lieber Artur:

Esta noche el crepúsculo es magnífico, ¡ojalá pudieras verlo! Aunque quizás también puedas verlo. ¿Hace buen tiempo donde estás? ¿Está nublado, llueve, o hace sol como aquí? Imagino que te encuentras en algún lugar al otro lado de este cielo y que quizás lo contemples, y eso lo embellece, pero a la vez me hiere.

Por lo demás, hemos vuelto a disfrutar de un buen día, aquí todo es apacible, ¡cuesta creer que estemos en guerra! Aun así, no dejo de pensar en ella, porque tú estás combatiendo y yo pienso constantemente en

ti, pienso tanto en ti que hasta tengo miedo de las balas cuando salgo al jardín.

¡Esta noche nos han dado carne, ensalada de pepinos y el mejor caldo de verdura del mundo para cenar! Nos cuidan. Y, para merendar, Kaiserschmarrn (¡cuánto me cuesta pronunciar esta palabra!), ¿los has probado alguna vez? Seguro que conoces estos pastelitos, por eso me gustan tanto.

Los días se hacen muy largos, hoy, ayer, mañana, todo se funde en tu terrible ausencia, pero me aplico y me mantengo ocupada en la medida de lo posible: las pequeñas tareas domésticas; anoche una Schwester nos dio una conferencia sobre la educación de los niños de corta edad (creo que no la comprendí demasiado bien), y el miércoles tendremos de nuevo la Mutterchule, oiremos un discurso en la radio en la sala grande. Estas son las nuevas palabras que he aprendido hoy: Gurkensalat, Buttermilch y Namensgebung.

Aquí la gran noticia es que mañana vamos a celebrar una fiesta especial en honor de los recién nacidos ¡y vendrá Himmler! La fiesta se llama Namensgebung. Te escribiré para contártela.*

Son las 18.30, oigo música fuera, bailes folclóricos, no lo resisto más, voy a salir. De alguna forma, el Heim casi es alegre, amor mío. Aunque, si supiera dónde estás, creo que no podría resistir la tentación y me reuniría contigo enseguida.

*Tuya por siempre,
Deine, tuya,*

Renée

* *Namensgebung* o ceremonia del nombre: durante esta ceremonia secular (que, en la práctica, sustituía al bautismo cristiano), las SS daban un nombre y un padrino al recién nacido, que de esta forma se integraba en la comunidad. Los niños de las familias de las SS o de madres solteras pertenecientes al partido nacionalsocialista participaban en ella, aunque no era obligatoria. (*N. de la A.*)

A veces, a Renée le pasa por la mente la idea brutal de que a ese hombre, a Artur Feuerbach, apenas lo conoce, de que no lo conoce en absoluto, y de que en ese momento está completamente aferrada a él, como a una rama quebradiza.

A veces, Renée se alegra de que él no entienda el francés.

De que quizás no reciba sus cartas.

18.45. En la hierba, cinco corros compuestos de seis mujeres cada uno giran en el sentido de las agujas del reloj. El ruido de las pisadas que aplastan la hierba se mezcla con el del acordeón. La música les llega a ráfagas de un tocadiscos colocado sobre un pequeño mueble de ratán, como si el viento se la llevara o como si la mecánica se atascara de cuando en cuando. Crepitación metálica parásita. Los pasos huellan la hierba, la doblan, treinta pies derechos sincronizados, después treinta izquierdos. Genuflexión, e izquierda, y derecha. Izquierda, derecha, izquierda. Vestidos de algodón que se amoldan al movimiento. La brisa tiene la fuerza de un soplo, de una respiración, poco más.

Renée no baila. Sentada en el borde de la terraza, con los dedos abiertos sobre la piedra caliente, se ha estirado el holgado vestido de rayas para que le quede por debajo de las rodillas. El pulso le late en el dedo herido. Mira a las mujeres, que forman una cadena y que, cada tercer tiempo, se inclinan graciosamente antes de pasar una tras otra bajo las manos unidas de las dos primeras. Todas son jóvenes o futuras madres, salvo una, que luce el uniforme de las enfermeras. Vestido marrón de tela gruesa, delantal blanco, y un moño abultado, a la vista, porque se ha quitado la cofia. Tan rubia como una niña, grande, con la nariz aguileña y delicada. Es la Schwester Helga. Renée la conoce porque fue ella la que tomó notas a su llegada, mientras

el médico la examinaba. Ella preparó su expediente y la acompañó a su habitación. Y ahora sonríe alzando la cara al cielo. Una sonrisa un poco forzada, los miembros relajados; da la impresión de estar bebiéndose la luz. Renée desgrana un tallo de lavanda, los dedos le olerán bien toda la noche.